

rutas, busca tesoros hundidos, desecha hipótesis, sugiere caminos y por años da una cátedra de mucho éxito, siempre con cupo completo, en la Universidad de los Andes.

[...] resolvimos constatar personalmente si las sagas, como casi todas las leyendas, reflejan la historia. Con Jim Niels, descendiente y defensor de los nórdicos, sobrevolamos la costa del Labrador y vimos que el litoral de la gran isla de Baffin está sembrada de rocas planas y negras: Helluland. Al sur, doblando el cabo Porcupine cerca de Hamilton Inlet donde anidan los icebergs, nos sorprendieron cincuenta kilómetros de playas blancas bordeadas por bosques de abetos y atravesadas por riachuelos: Markland [...] [pág. 77]

La selección de artículos es sumamente entretenida, pero, a mi juicio, faltaron algunas correcciones, inadmisibles en una colección que tiene el cuidado que caracteriza su sello: hay errores de ortografía, descuido, ausencia de fechas, textos montados, que acusan la distracción del editor. Sin embargo, son fallas mínimas y no le restan valor a las peripecias y disertaciones de Obregón, quien las narra como si cualquier mortal tuviera las mismas oportunidades: construir barcos para navegar por el mundo, desayunar con Onassis, sobrevolar la sabana hasta aterrizar en una chamba, luchar con cóndores y enfrentarse a una blonda sirena, entre otras.

[...] Frente a los farallones empiezo a volar "ochos" pegado a la montaña para aprovechar la corriente ascendente [...] En el segundo viraje siento un golpe en la cola. El planeador es metálico y muy fuerte, luego no me preocupo. Vuelvo a hacer el viraje en el mismo sitio, y vuelve a sonar el golpe [...] Un cóndor cae en picada sobre mi planeador, trata de clavarme las garras, aletea con expresión de asombro, vuelve a ascender, y en su corriente espera inmóvil mi regreso. [págs. 147-148]

El libro es un homenaje del editor, y a la vez un recorrido autobiográfico: disertaciones, dudas, sorpresas, experiencias, anécdotas, angustias, el espíritu emprendedor e incansable, nómada y de educador generoso.

Al otro lado del mundo, en una noche sin luna, estoy pescando con "fitóra", largo y pesado tridente que en alto sostiene el pescador de turno, de pie [...] y el mar está tan quieto que ni las rocas le sacan un suspiro.

De repente, pero sin despertar el agua, entra ondeando el círculo encantado una rubia rosada, como Dios la echó al mundo y con las mechas a flote [...] En ese momento ella me mira y me regala una sonrisa; y el barquero exclama rudo: "¡Quítese, señorita, que la van a lastimar!". Con un leve coletazo la sirena se deja tragar por la oscuridad. [págs. 149-150]



Los artículos tienen una justa duración, dos o tres páginas, y en ellas las aventuras y proyectos están narrados de forma breve y concisa. Después de la lectura nos podemos preguntar qué le faltó a este humanista. Fundó una universidad —en la actualidad una de las privadas con más prestigio en el país—, hizo un museo, el Naval de Cartagena, fue dueño de la revista *Semana*, recorrió el mundo entero a pie, por aire y por mar, conoció océanos, lagos y mares, intervino en la legislación de la aeronáutica nacional, intentó la paz y la hermandad como embajador, recorrió los lugares más apartados de la tierra, se sumergió buscando tesoros de galeones hundidos a la vez que intentaba legislar sobre el

patrimonio bajo el mar, dictó clases en aulas y en alta mar, fue reconocido por diversas órdenes y recibió varios honores y, como el poema de Rafael Pombo, "apetito nunca tuvo acabando de comer".

[...] el Presidente Betancur me nombra Embajador en toda el área del Caribe. Como costeño, siempre estuve enamorado de este espléndido Mare Nostrum y empeñado en "desencaramar" a Colombia hacia el mar.

—Acepto con mucho gusto —le digo— pero con una condición: que pueda hacer mis rondas a vela.

—No hay afán —me contesta. [pág. 169]

La selección publicada, amena y entretenida, permite al lector desprevenido asomarse a las peripecias de este viajero ilustrado de manera ágil y entretenida. No hay demora en los temas, ni reiteraciones, ni parecen caducos o desactualizados; se leen fácil, no son profundísimos pero su ligereza permite adentrarse en otros corredores y se le da espacio a la curiosidad para ir hacia la historia del país y de la conquista, reseñados ambos en los artículos presentes. Es un libro amable y su contenido no es únicamente un homenaje sino un aporte interesante para el lector desprevenido.

JIMENA
MONTAÑA CUÉLLAR

Güepa jé

Carmen, tierra mía: Lucho Bermúdez
José Portaccio Fontalvo
s. n., Bogotá, 1997, 306 págs.

Lucho Bermúdez es el favorito por excelencia de la sociedad colombiana, y esto se evidencia en el hecho de que lo veneran todos: no hay aquí distinciones de razas, clases, edades,

ideologías, credos ni regiones. Actuando en consecuencia, José Portaccio Fontalvo le dedicó todo un libro, el tercero dedicado a Lucho Bermúdez (precedido por los de José Arteaga y Carlos Arango, quienes, como dicen los periodistas deportivos, quedaron en deuda con la afición). Continuando las características de sus trabajos anteriores, Portaccio escribió un libro de texto para secundaria que utiliza fuentes más variadas que los anteriores biógrafos de Lucho Bermúdez (entrevistas, conversaciones) y hace una presentación descriptiva de uno de los grandes personajes de la cultura popular y la vida nacional. En este sentido, es un esfuerzo meritorio.

La investigación de Portaccio incluye una mirada al entorno que lo vio nacer (El Carmen de Bolívar) y a sus primeros pasos en tierras del Magdalena. Luego introduce una serie de temas que parecen insustituibles al hablar de Lucho Bermúdez: sus giras internacionales (Argentina, Cuba, México) y sus domicilios nacionales (Medellín y Bogotá), además de insistir en la Orquesta del Caribe, que muchos melómanos viejos consideran la mejor de sus agrupaciones, en el programa de radio La Hora Costeña, y en una abundante serie de datos que sirven de apoyo para un analista que intente estudiar el proceso y reconstruir el contexto. Se recuerdan los sitios que marcaron una época inolvidable, todos ellos hoteles: el hotel Granada, donde comenzó a salir de la provincia; el hotel Nutibara, donde se consagró como símbolo nacional, y el hotel Tequendama, donde culminó una carrera musical como pocas en América Latina.

Pero no todo ha de ser emoción y, ya esto sugiere la posibilidad de una perspectiva racional; esto es, de una lectura sociológica del libro de Portaccio. La historia de Lucho Bermúdez presenta elementos muy sugestivos para el conocimiento del país, y de la región costeña. Por una parte, Lucho Bermúdez era de pueblo, aunque no precisamente de extracción popular: su padre, amigo personal de Rafael Uribe Uribe y político liberal de cierto relieve, era

un reconocido intelectual de provincia (poeta, historiador, matemático) que llegó a ser rector de la Universidad de Cartagena. Además, provenía de una familia de músicos que van desde su tío abuelo, José María Montes, director de la banda municipal de El Carmen, hasta su pariente samario Andrés Bermúdez, abogado y pianista, amigo de Rafael Núñez y embajador en Francia, y tronco de una familia de indiscutibles méritos musicales. Por otra parte, El Carmen de Bolívar no era ese pueblo de monte y culebra que muchos suponen sino un pueblo con historia de renombre: su riqueza tabacalera contribuyó, junto con las influencias extranjeras, al desarrollo de un entorno bien dinámico y, finalmente, al nacimiento del porro y a cierta vida intelectual dedicada al cultivo de las artes literarias y musicales.



El paso de Lucho Bermúdez por el Magdalena, que todos sus biógrafos pasan por encima y que el propio Lucho mencionó muy poco, es un tema bien interesante y significativo. Allí vivió quince años cruciales, su periodo formativo nada menos, en un contexto francamente extraordinario: el de la Zona Bananera de los años veinte, el centro económico más importante del país y, por tanto, receptor de flujos migratorios nacionales e internacionales que le imprimieron a esa comarca un sello polifónico inconfundible. Durante ese tiempo experimentó influencias reconocidas como la banda militar de Santa Marta (donde tuvo profesores de clarinete que habían estudiado en Francia), pero también experimentó otras, tal vez un poco "non sanctas", aunque

definitivas en su formación: conoció las "academias" de Cienaga y otros pueblos de la Zona, y donde se bailaba con unas "académicas" especialmente dispuestas a ese efecto, que cobraban por pieza bailada. Allí reinaba un ambiente poderoso donde realmente funcionaba la polifonía de tantos inmigrantes cubanos, jamaquinos, martiniqueños, cartageneros, gitanos, italianos, árabes, judíos sefardíes, ingleses, escoceses, franceses de Cayena y otras especies más: el ambiente de juglares negros como Chamber, Carlin y Digna Cabas, de juglares mestizos como Antonio María Peñalosa y Andrés Paz Barros, "el loco que hablaba con el sol", y como Esteban Montaña y Guillermo Buitrago y tantos más que no se conocen pero que alimentaron musicalmente a Colombia durante todo el siglo XX y todavía.

ADOLFO
GONZÁLEZ HENRÍQUEZ
Departamento de sociología,
Universidad del Atlántico

Un gran libro

**Rafael Reyes,
caudillo, aventurero y dictador**
Eduardo Lemaitre
Intermedio, Bogotá, 2002, 285 págs.

Nuestra historia ha sido turbulenta unas veces y otras bobalicona, pero siempre sembrada de infamias. Y quienes se han ocupado de ella han sido, por lo general unos señores negligentes y aburridos. No todos, por fortuna. Desde hace ya varios decenios algunos historiadores han dedicado sus esfuerzos y capacidades a hacer un trabajo indispensable y de gran importancia para conocernos mejor, y son las biografías de los dirigentes colombianos desde la independencia hasta ya bien entrado el siglo XX. Algunas de estas biografías fueron publicadas hace ya